

Canarias **GRAFICA**

Con acento canario, con acento global
diario de avisos.com



del 14 al 17 de marzo 2013

Ser agradecidos...

07 mar 2013  Por Juani Mesa Expósito



José Antonio Oramas (director del colegio Las Delicias), Fernando Armas, Paula Ventura, Candelaria Martín y en medio de ellos, Juani Mesa, el día de la defensa de su tesis doctoral. CG

Dar las gracias es una habilidad social muy importante. No en el sentido superficial del término, como cuando les decimos a los niños “¿qué se dice?” y el niño o la niña contesta automáticamente “gracias”. Aunque ciertamente, tampoco está mal que seamos *polite* como dicen los ingleses (creo que ayuda mucho en las relaciones). Pero hay un sentido más profundo en el hecho de agradecer; de demostrar agradecimiento. Y más si ese agradecimiento es por algo que de verdad ha cambiado

nuestra vida. Esos agradecimientos hay que hacerlos en el momento adecuado y en la medida de lo posible, antes que las personas receptoras hayan dejado este mundo.

Yo he tenido mucha suerte en la vida y doy gracias por eso. Pero **hay personas que especialmente han marcado mi vida positivamente y de esas no me quiero olvidar. Hoy hablaré de unas personas muy especiales para mí: mis maestros del colegio.**

Estudié en el colegio público, experimental y mixto Las Delicias, como así se llamaba, en uno de los barrios del polígono de Ofra de Santa Cruz de Tenerife, a principios de los años 70. Dicho colegio se abrió como una demanda social urgente, ya que en aquel sector no se habían escolarizado los alumnos nunca. Según he sabido después, el motor, alma y guía de este centro fue su director, **José Antonio Oramas Luis**, dispuesto como nadie a llevar a cabo una obra social impresionante y que con una vocación admirable supo a la vez, reunir un elenco de docentes dispuestos a seguirle. A pesar de que el día de la apertura del centro, se tuvo que avisar a los "grises" para controlar la avalancha de familias y críos, y entre otras muchas carencias, no había ni una triste tiza en las clases y la máquina de escribir de secretaría se la había prestado la universidad de La Laguna, de quien dependía el centro directamente, al ser un colegio piloto.

En mi colegio, aprendimos a leer, a escribir, las ecuaciones de primer y segundo grado, los ríos... pero también aprendimos a nadar, a tocar la guitarra, el timple; a escribir a máquina; a apreciar la música clásica y el folklore canario; a hablar en alemán e inglés... Muchos se quedaban a comer en el comedor del cole, que llenó las barriguitas de muchos niños y niñas que gracias al centro, hacían una comida completa y variada, al menos una vez al día... Y sobre todo, en mi colegio aprendimos a ser personas, a respetarnos y a relacionarnos.

Teníamos, además de las clases ordinarias con las dos lenguas extranjeras, todas las actividades extra-escolares a un precio muy modesto (200 pesetas, unos 1,20 €). Y además, **clases de educación afectivo-sexual (increíble en 1978, ¿no les parece?).** Mis maestros y maestras innovaban con nosotros metodologías didácticas activas y motivadoras para el alumnado; potenciaron el trabajo en equipo, el aprendizaje entre iguales y nos dieron formación en valores.

Como ven, mi colegio era muy especial, pero yo no me di cuenta de lo que me había aportado, hasta que comencé mi tesis doctoral, 20 años más tarde. Todo lo que leía sobre la importancia de la escuela como factor de protección frente a la desadaptación personal y social; sobre prevención de delincuencia, sobre educación en valores, sobre resiliencia, sobre inteligencia emocional y social... todo me hacía recordar momentos concretos de mi formación en el colegio. Me sentí tan agradecida por lo que me habían aportado mis maestros y maestras que localicé al director, **José Antonio Oramas**, lo invité a la defensa de mi tesis y le pedí si, podía localizar a mis tutores porque les quería dar las gracias por todo el bien que me había hecho. El me dijo que lo intentaría, pero que no me daba garantías de que pudiera localizarlos. Yo le agradecí que lo intentara; le di la fecha de la defensa de la tesis y durante los meses siguientes no volví a saber nada de él.

Se por experiencia como docente que no siempre se tiene la oportunidad de ver los *frutos* de aquello que transmitimos a nuestras alumnas y alumnos, aunque de muchos no nos olvidamos por años que pasen. De unos, porque conocíamos sus dificultades personales o familiares, y de otros porque eran niños o niñas a quien tuvimos que dedicar más esfuerzo e ingenio para "sacarlos adelante". Mientras trabajaba en mi tesis, me imaginaba qué pensaban mis maestros de mí y de mis compañeras y compañeros de clase. Si temieron por nuestro futuro conociendo cómo conocían perfectamente nuestro entorno familiar, económico y social, tan duro...

Recuerdo que en los años 70, para ir a la escuela yo tapaba mi pecho contra una carpeta atiborrada de apuntes y libros y así esquivaba a El Chino, un drogodependiente que siempre

estaba en una esquina puesto de heroína y que se metía con las chicas que empezábamos a desarrollarnos. Recuerdo también que enfrente de mi casa había por aquellos años, dos prostíbulos; uno “normal” y otro de “mariquitas”, como decíamos en nuestra ignorancia infantil. La vecina de abajo vendía drogas, aunque yo no sabía aún qué era eso de la droga... Solo que era “malo”. Y en el piso de arriba, teníamos una familia con un hijo esquizofrénico (deduzco yo ahora) al que cuando se *alteraba*, le daban unas palizas tan fuertes, que nos despertábamos a las 4 de la mañana, sobresaltados de los golpes en las paredes y por la caída de su cuerpo contra el suelo... Y a pesar de todo, gracias a mi familia, pero también a mi escuela, sobrevivimos a este ambiente oscuro y como diríamos hoy en día “en riesgo de exclusión”, muchos niños y niñas que íbamos al colegio *público, experimental y mixto* Las Delicias.

Llegó el día de la defensa de mi tesis y mientras iban llegando los familiares, las amistades y mis compañeros del **Departamento de Psicología Evolutiva** y de la Educación, de la Universidad de La Laguna, apareció una mujer muy atractiva con cierta edad, que de repente va y me para, y se me queda mirando. Yo no la reconozco y pienso: “seguro que es una del Tribunal”. Ella con una media sonrisa me dice: “¿No sabes quién soy?”. Yo no contesto, pero ella lee mi cara y continúa: “**¿Tú no te llamas Juani Mesa Expósito?**” Inmediatamente reconoci su voz y me eché en sus brazos gritando emocionada: “¡Señorita Paula!”. ¡No me lo podía creer! ¡Había venido mi tutora de 1º a 4º de primaria! Me dijo, “¿Cómo me iba a perder esto?” Yo le contesté: “¡estoy tan agradecida por todo lo que hicieron ustedes por mí! Y ella con esa sencillez de las personas buenas y sabias me contestó: “Pero, mujer, ¡si yo solo te enseñé a leer y a escribir!” Me quedé colapsada. Sin tiempo a rehacerme emocionalmente, veo detrás de ella a “Don” Fernando, mi tutor de lo que se llamaba segunda etapa (de 5º a 8º de primaria) y al director José Antonio y su esposa. ¡No podía con tanta felicidad!

Mi directora de tesis, al ver la escena, me mira emocionada por lo que me está pasando y al mismo tiempo, como diciendo “¿Pero qué haces? ¡Tienes que estar concentrada y serena que vas a defender la tesis en unos minutos!”. Los saludé a los tres con un gran abrazo y me fui al baño a recomponerme...

Realicé mi exposición, sintiendo cómo por mi torrente sanguíneo fluían, tal que compuertas abiertas de una presa, oxitoxina y endorfinas de agradecimiento. Las hormonas del afecto y de la felicidad, se adueñaron de mí...

Al terminar la defensa, 4 horas más tarde, me hice una foto con mis maestros del colegio público, experimental y mixto Las Delicias; Paula Ventura, Fernando Armas y José Antonio Oramas y su esposa, Candelaria Martín. Fue un día maravilloso.

Semanas más tarde, los invité a almorzar en el casino de La Laguna, tratando de no decirles “don” Fernando ni “señorita” Paula. Volvimos a recordar mi infancia, a mi familia, a mis compañeros y compañeras de clase, pues muchos llegamos a la universidad y el resto de la clase, acabó un FP2 (ciclo formativo de grado superior) o estaban trabajando.

Me contaron lo preocupados que estaban por nosotros en aquellos años de revuelta social, de cambios profundos tras la muerte del dictador. De lo que veían en la acera de enfrente al colegio, donde se vendía droga y que ellos sabían que cuantas más horas pasábamos en el colegio, más protegidos estaríamos de aquel ambiente hostil, enfermizo y empobrecedor. Por ese motivo, idearon tantas actividades extraescolares, campeonatos deportivos, obras de teatro, e incluso teníamos un coro y una agrupación musical de “Pulso y Púa”. Hasta el AMPA, animada por José Antonio Oramas, funcionaba sin tener apenas un duro pero apoyando incondicionalmente a los maestros; echando una mano para comprar libros y material escolar, o consiguiendo máquinas de escribir

para darnos un curso de mecanografía. Iban todos a una y así las niñas y los niños de “Las Delicias”, teníamos que volver al colegio, “después del colegio”.

También me contaron cómo el compromiso por la educación de nosotros les unió como Claustro y terminaron siendo amigos, encontrándose una vez al año, en el mes de noviembre, tradición que mantienen desde 1980 hasta hoy en día, aunque ya hay algunas bajas.

Una de esas bajas es la de mí querido maestro Fernando Armas. A él, lo volví a ver varias veces después de aquel día memorable del reencuentro y del agradecimiento público, pues lo dije en mi defensa, lo escribí en mi tesis, y se los dije en privado.

Me siento afortunada por haber podido decírselo en persona y conocerlo ya como adulta. Fue un honor. Después de mi padre, él ha sido mi otra gran figura masculina de referencia. Un hombre y un maestro maravilloso: culto, divertido, paciente, respetuoso, viajero incansable e intrépido que estuvo y conoció en profundidad cuatro de los cinco continentes: le quedó pendiente La Antártida, según me dijo...

Mucho de lo que soy y he hecho en la vida se lo debo a él y a Paula Ventura. Recuerdo una de sus frases cuando le pregunté: “Fernando, ¿cómo lo consiguieron? Porque nosotros teníamos muchos boletos para no salir adelante en aquel ambiente”. Y él me dijo: “Teníamos claro que era nuestra obligación abrirles las puertas al mundo, a las oportunidades que habían más allá del barrio. Pero Ustedes fueron los que eligieron atravesarlas”.

¿Cómo no seguir agradeciendo cada día, ese cariño y ese compromiso?

Pido respeto y dinero para la escuela pública; con sus grandezas y debilidades, pero imprescindible. Es un deber moral, social y político proteger a la infancia más desfavorecida: la que tiene menos oportunidades, porque cuando a esas niñas y niños se les abre una puerta, muchos elegimos pasar.

Juani Mesa Expósito es Doctora en Psicología y Sexóloga

La pueden encontrar en ensenaraconvivir@gmail.com

En el blog: <http://juanimesaexposito.wordpress.com>

Y en Facebook